

# EL ROSTRO IMPENETRABLE

61. M. Brando, K. Malden. Western.



## Síntesis

Kid y Dad son dos forajidos que tras cometer el atraco a un banco en un pueblo fronterizo de Méjico se lanzan en una rápida huida. Pero la situación se complica cuando son descubiertos por los guardias rurales, y atrapan a uno de ellos mientras el otro logra escapar con el botín.

## ANÁLISIS

*por Hugo Cuccarese*

Kid o "Río" se reencuentra después de 5 años con su viejo amigo Dad quien lo invita a cenar a su casa con su esposa y su hija. El está de paso por el pueblo, pero al ser invitado por su bella y cautivante hija para ir a una fiesta pueblerina que se realiza anualmente, decide alargar su estadía. Al otro día, durante la fiesta, se encuentra con la chica y bailan toda la noche. Río ve que su amigo es muy conocido y apreciado en el pueblo, pero nunca pregunta a qué se dedica. Cuando se va con la chica a charlar a un lugar más apartado le confiesa que no tiene tiempo para cortejarla. Le dice que si puede esperarlo cinco meses ya que debe partir hacia Oregón al día siguiente, pues trabaja para el gobierno. La chica, prendada de sus bellos ojos, le dice que siente algo por él y que estaría dispuesta a esperarlo. Entonces él saca un collar de la chaqueta y le dice que pertenecía a su madre. Al comprender que está a punto de caer en las redes del amor, Río escapa de su lado con solapada renuencia, pero ella lo detiene y se van caminando

juntos hacia la playa. Bajo la luz de la luna comienzan a besarse, y sobre la arena terminan haciendo el amor.

Cuando la noche da paso a la mañana y las primeras luces del alba revelan el rostro extasiado y jubiloso de los amantes, Río, que se haya recostado sobre una roca, muy cerca del mar, la mira con su clásico rostro impenetrable y le suelta, con simulada indiferencia: “Lo lamento, todo lo que te he dicho ayer era mentira. Soy un bandido. Robo bancos para vivir”.

También le revela que su padre fue camarada suyo, y que lo traicionó vilmente después de realizar un atraco. Lo hizo pasar cinco años en una mugrosa prisión de México mientras él se alzaba con un botín que debían compartir. La azorada muchacha se queda enmudecida, y sólo atina a balbucear: “Y lo del collar... ¿también era mentira?” Río, sin romper el hielo de su gesto adusto, le confiesa con total frialdad: “No conocí a mi madre; murió cuando yo nací. El collar se lo compré a una mujer de la tienda por 25 dólares”.

La chica baja la vista desilusionada y se queda un momento pensativa, tratando de digerir las horribles palabras que escupió la cínica boca de su enamorado. En un momento, Río parece sentir piedad por la bella enamorada y le murmura, no sin despuntar un brillo de culpa por sus duros ojos de hielo: “Sé que te he humillado con lo que te he dicho. Y eso es algo que nunca me perdonaré”. Entonces ella levanta la vista lentamente y le replica, con cierta tristeza:

“No; te has humillado a ti mismo”.

Río da vuelta reflexivamente y lleva sus manos detrás de la nuca. Cuando se quita el collar, toma las puntas de la cadena con las dos manos y se lo extiende prolijamente sobre la pierna, como si fuera un pañuelo de seda. La chica le dirige una mirada de despedida, y ocultando su pena se marcha corriendo y llorando por la orilla del mar.

El giro viene después, cuando Río tiene un altercado en el bar con un borracho que maltrata a una cabaretera. El tipo saca un rifle de abajo del mostrador y Río se da vuelta y lo mata de un par de disparos. Su destreza con el revolver es deslumbrante. Cuando empieza a llegar la gente al lugar, aparece también su amigo Dad (el padre de la chica), que se para junto al mostrador, se quita el sombrero y lo mira de costado. Cuando extiende el codo para apoyarlo sobre la barra, se le abre el saco y al descorrerse la solapa... ¡voalá!, emerge encima del chaleco la reluciente estrella de Sheriff.

El efecto sorpresa es instantáneo. Y maravilloso, por cierto. Pero la sorpresa es para todos por igual: para nosotros los espectadores y también para Río, pues ahora quedará a merced de su astuto y malvado amigo, quien aprovecha ahora la situación para sacarlo a la calle, atarlo a unos postes y azotarlo hasta el desmayo delante de todo el mundo. No conforme con semejante humillación (la misma humillación que le había provocado él a su hija –su joven enamorada- con sus fugaces mentiras) Dad alza la culata del rifle lleno

de ira y le hace añicos la mano con la que dispara. Luego de semejante escarmiento, hace que lo suban a un caballo y lo echa del pueblo.

Después de 5 años, Dad ha logrado enterrar su oscuro pasado como ladrón y asesino, casándose con una noble campesina y dándole su apellido a su hermosa hija. No obstante, la presencia de Río en el pueblo (como su antiguo compañero de atracos) pone en riesgo su nueva vida y su nueva identidad, ahora, nada menos que como el representante de la ley.

Nadie sospecharía que en este atrapante western de los años 60 pudiera aparecer colgado, detrás de la barra de la cantina, el llamativo cuadro de la Gioconda. Tal vez podríamos ver el famosísimo retrato como un especie de guiño que el director le hace al espectador, como un detalle silencioso pero no menor, como una forma sutil de decirnos: “mire, el rostro del protagonista está inspirado nada menos que en éste otro rostro, el verdadero *rostro impenetrable*” (al que alude el título de la película). Ese rostro tan particular y que tan intensamente luce Marlon Brando en este maravilloso filme, junto a esa sutil y enigmática personalidad que tan memorablemente bien logra retratar el actor en el personaje de Río.